

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Leonato

Salen LEONATO, ANTONIO, HERO *y* BEATRIZ.

LEO. ¡No estuvo Don Juan en el festin?

ANT. Yo no le ví.

BEA. ¡Qué cara de vinagre tiene ese galan! No le veo una vez siquiera sin que me den luego por espacio de una hora fatigas en la boca del estómago.

HERO. Es de condicion muy melancólica.

BEA. Fuera hombre perfecto aquel que se tuviera precisamente en el justo medio entre él y Benito: el uno tiene mucho de estatua y no dice esta boca es mia, y el otro mucho de hijo mayor de mi señora la marquesa, y chacharea sin cesar.

LEO. Es decir, mitad de la lengua del señor Benito en boca de Don Juan, y mitad de la melancolía de Don Juan en la cara del señor Benito...

BEA. Con una buena pierna, un lindo pié, tio, y dinero de sobra en el bolsillo, seria un hombre capaz de conquistar á cualquiera mujer del

mundo, con tal que supiera captarse su buena voluntad.

LEG. A fe mia, sobrina, que no conseguirás nunca un esposo si das rienda suelta á tu lengua de esa suerte.

ANT. A fe que es maldita por demas.

BEA. Maldita por demas, es más que maldita: de esa suerte echaré de ménos una bendicion de Dios; pues hay un refran que dice: «Dios da á la vaca maldita cuernos cortos; pero á la que es maldita por demas no le da cuerno ninguno.»

LEO. De modo que por ser tan maldita no te dará Dios cuernos.

BEA. Eso es; no dándome marido, cuya merced le imploro de rodillas todas las mañanas y todas las noches. ¡Jesús! no podria sufrir á un marido con barbas en la cara; más quisiera acostarme en la lana.

LEO. Podrias dar con un marido barbilampiño.

BEA. ¿Y qué hiciera de él? ¿Vestirle con mis sayas, y que me sirviera de doncella de cámara? Un hombre con barbas es más que un mancebo, y un hombre sin barbas es ménos que un hombre: si es más que mancebo, es mucho hombre para mi, y si es ménos que hombre, soy yo mucha mujer para él; por tanto prefiero tomar un real del guarda de osos y conducir sus monos al infierno (1).

LEO. Bueno; pues vete al infierno.

BEA. No; hasta la puerta no más: allí me saldrá al encuentro el demonio, quien, con cuernos en la cabeza como un viejo cornudo, me dirá: «Anda, vete al cielo, Beatriz; anda, vete al cielo; no hay lugar aquí para doncellas como

(1) Se decia antiguamente en Inglaterra: «Las solteronas conducen los monos al infierno.»

tú.» Yo le entrego mis monos, y ¡hala! de un vuelo me planto delante de San Pedro en la puerta del paraíso: él me enseñará donde se sientan los solterones, y allí viviremos tan alegres cuan largo es el día.

ANT. (A Hero.) Confío, sobrina, en que tú te dejarás guiar por los consejos de tu padre.

BEA. Sí á fe; el deber de mi prima es hacer una reverencia diciendo: «Como os guste, padre.» Con todo, prima, procura tú que sea buen mozo, y si no, haz otra reverencia y dí: «Como á mí me guste, padre.»

LEO. En fin, sobrina, no desespero de verte un día con marido.

BEA. No será mientras Dios no haga á los hombres de alguna sustancia que no sea tierra. ¿No es para desesperar á cualquiera mujer el verse dominada por un puñado de polvo valiente y el tener que dar cuenta de su vida y hechos á un terron de cieno petulante? No, tío, no quiero marido alguno. Los hijos de Adán son hermanos míos, y tengo por pecado mortal el casarme con un pariente tan próximo.

LEO. Hija, acuérdate de lo que te dije. Si el príncipe te solicita de ese modo, ya sabes la respuesta que le has de dar.

BEA. Será culpa de la música, prima, si no fueres requebrada á tiempo debido. Si el príncipe te importuna demasiado, dile que en todo hay que ir á compás, y contéstale con un paso de baile. Porque, mira, Hero: el enamorarse, el casarse y el arrepentirse son como una jota, un minué y una zarabanda: el primer galanteo es ardiente y rápido como la jota, y no ménos fantástico; el casamiento es formal y grave como el minué, lleno de dignidad á la usanza antigua; y luego viene el arrepentimiento, y con su pata coja toma parte en la zarabanda,

cada vez más torpe y más pesado hasta que se hunde en la tumba.

LEO. Sobrina, siempre mirais las cosas por el lado peor.

BEA. Tengo muy buena vista, tío; distingo una iglesia á la luz del día.

LEO. Hermano, ya vienen las máscaras: hagámosles lugar. (Se ponen las caretas.)

Salen D. PEDRO, CLAUDIO, BENITO, BALTASAR, DON JUAN, BORRACHO, MARGARITA, URSULA *y otros enmascarados.*

D. PED. Hermosa dama, ¿os dignaríais pasearos un rato con vuestro amigo?

HERO. Si andais despacio, y mirais con dulzura y no decís palabra, me hallareis dispuesta á pasear, y sobre todo cuando trato de alejarme.

D. PED. Llevándome en vuestra compañía.

HERO. Podré decirlo cuando me parezca oportuno.

D. PED. ¿Y cuándo os parecerá oportuno el decirme lo?

HERO. Cuando me agrade vuestro semblante; pues librenos Dios de que sea el laud como la funda.

D. PED. Mi careta es como el tejado de Filemon: dentro de la choza está Júpiter.

HERO. Pues entónces vuestra careta debiera estar techada de paja.

D. PED. Hablad bajo si hablais de amor. (Se retiran.)

BALT. A fe quisiera que me tuvierais aficion.

MARG. Tal no quisiera yo, por vuestro bien, pues tengo muchas faltas.

BALT. *¿Verbi gratia?*

MARG. Rezo en alta voz.

BALT. Os querré mejor por eso: los oyentes podrán decir: Amén.

- MARG. Que Dios me depare un buen bailarín.
- BALT. Amén.
- MARG. Y lo aparte de mis ojos en cuanto acabe el baile. Vamos, seor sacristán, responded.
- BALT. Basta de responsorios. Ya tiene su respuesta el sacristán. (Se retiran.)
- URS. Harto os conozco: sois el señor Antonio.
- ANT. No tal, á fe mía.
- URS. Os reconozco en el modo de menear la cabeza.
- ANT. A decir verdad, le remedo en eso.
- URS. Fuera imposible que le remedarais tan bien, á no ser él mismo en persona. Hé aquí de arriba abajo su mano enjuta: sois el mismo, sois el mismo.
- ANT. No tal, á fe mía.
- URS. Vamos, vamos. ¿Pensais que no os reconozco en la agudeza de vuestro gracejo? ¿Puede ocultarse el mérito acaso? Vamos, burlon, que sois él. La gracia siempre sale á relucir; y basta con eso. (Se retiran.)
- BEA. ¿No me direis quién os lo dijo?
- BEN. No, perdonad si callo.
- BEA. ¿Y no me direis quién sois?
- BEN. No ahora.
- BEA. ¿Conque soy desdeñosa, y saco mis mejores chistes de las «Cien novelas festivas?» ¡Bah! El señor Benito es quien lo dijo.
- BEN. ¿Y quién es ese?
- BEA. De fijo le conoceis perfectamente.
- BEN. No tal, podeis creerlo.
- BEA. ¿Nunca os hizo reir?
- BEN. Por Dios; decidme quién es.
- BEA. Pues bien, es el juglar de su Alteza; un bufon muy insípido por cierto: toda su gracia estriba en inventar inverosímiles calumnias; libertinos no más se divierten con él; y lo que le recomienda á éstos, no es su gracejo, sino su

grosería, pues los enoja á la vez que los divierte, y acaban, primero por reirse de él, y luego por pegarle. Sin duda estará entre esta escuadra. ¡Ojalá me abordara!

BEN. Cuando tenga el gusto de conocer á ese caballero, le referiré lo que habeis dicho.

BEA. Decídselo, decídselo; hará cuatro pullas á costa mia, y viendo por ventura que no hacen gracia ni provocan á risa, se pondrá melancólico: con eso nos ahorraremos un ala de perdiz, pues el mentecato no cenará aquella noche.
(Música.) Sigamos á los demas.

BEN. En lo que fuere lícito.

BEA. Por supuesto, pues si me condujeran á algo malo, les abandonaria á la próxima vuelta.
(Baile. Vánse luego todos, ménos Don Juan, Borracho y Claudio.)

D. JUAN. No hay duda, mi hermano se ha prendado de Hero y ha llamado aparte á su padre para declarárselo. Las damas le siguen y no queda sino una sola máscara.

BOR. Y esa es Claudio; le reconozco en el aire.

D. JUAN. ¿No sois vos el señor Benito?

CLAU. Habeis acertado: el mismo soy.

D. JUAN. Hidalgo, mi hermano os tiene en mucha estima. Está enamorado de Hero. Os ruego que trateis de disuadirle de ese enlace: ella no es digna de su cuna: obrariais en eso como hombre honrado.

CLAU. ¿Cómo sabeis que la ama?

D. JUAN. Le oí jurarla su amor.

BOR. Y yo tambien: juró que se casaria con ella esta noche.

D. JUAN. Venid; vámonos al banquete.

(Vánse D. Juan y Borracho.)

CLAU. Así contesto en nombre de Benito; Cual Claudio empero oí la triste nueva. Cierta es: corteja para sí Don Pedro. El amistad en todo es consecuente

Ménos de amor en el secreto oficio:
 Por tanto, el corazon enamorado
 Jamás implore por ajena boca;
 Traten por sí los ojos, ni se fien
 De mediador alguno: la hermosura,
 Cual hechicera, trueca con su encanto
 La fe en pasion. No hay cosa más probada
 ¡Y yo, inocente, ni un recelo tuve!
 ¡Hero, por tanto, adios! ¡Mi bien, te pierdo!

Sale BENITO.

BEN. ¿Conde Claudio?

CLAU. Sí; el mismo.

BEN. Vamos, quereis seguirme?

CLAU. ¿A dónde?

BEN. Hasta el sauce más cercano, para tratar de vuestro asunto, conde. ¿Cómo quereis llevar la guirnalda? ¿Ceñida al cuello, á guisa de cadena de usurero, ó al brazo, á guisa de banda de teniente? De un modo ó de otro os la teneis que poner, pues el príncipe ha logrado á vuestra Hero.

CLAU. Buen provecho le haga.

BEN. ¡Hola! Eso es hablar como buen ganadero: así se cierra un trato de bueyes. ¡Pero hubierais juzgado al príncipe capaz de jugaros una partida semejante?

CLAU. Dejadme, os ruego.

BEN. ¡Eh! os pareceis al ciego del cuento: os robó el lazarillo la comida y dais de palos al poste.

CLAU. Ya que no puede ser de otro modo, os dejaré. (Váse.)

BEN. ¡Oh pobre ganso herido! Ahora se irá á agachar entre las espadañas.—¿A que no puedo yo olvidarme de la Beatriz? ¡Conocerme y no conocerme! ¡El bufon de su Alteza! ¡Calla! Eso es; sí; me dan ese título porque soy risueño

Pero no; eso fuera inferirme un agravio á mi mismo: no soy reputado por tal: es la perversa y áspera condicion de Beatriz, la que, tomando sobre sí el papel del mundo, me va criando tan mala fama. En fin, me vengaré como pueda.

Sale DON PEDRO.

D. PED. Hola, Benito. ¿Dónde está el conde? ¿le habeis visto?

BEN. A fe, Alteza, acabo de representar el papel de doña Fama. Le hallé aquí tan melancólico como una casa de guarda en un conejar. Le dije, y creo que le dije verdad, que vuestra Alteza habia captado la buena voluntad de esa jécven dama; y ofrecí acompañarle hasta un sauce, ya fuera para tejerle una guirnalda, como á amante desdeñado, ya para cortarle una vara como á hombre que merece azotes.

D. PED. ¿Azotes? ¿Pues qué falta cometió?

BEN. La torpe falta de un niño de escuela, el cual gozoso de haber encontrado un nido de pájaros, va y se lo cuenta á un compañero.

D. PED. ¿Llamas falta una prueba de confianza? La falta fué del robador.

BEN. Con todo, no hubiera estado de más el tejer la guirnalda y el cortar la vara tambien; la guirnalda se la hubiera podido ceñir él, y la vara la hubiera podido aplicar á vuestras espaldas, pues, segun colijo, vos sois quien le ha robado su nido de pájaros.

D. PED. Les enseñaré á cantar nada más, y los devolveré á su dueño.

BEN. Bien; como responda su canto á vuestras palabras, á fe mia, diré que hablasteis como hombre honrado.

D. PED. La hermosa Beatriz tiene queja de vos: el caballero con quien bailó la dijo que la injurias sin compasion.

BEN. ¿Habrás visto? Fué ella la que me colmó de improperios que no los aguantara un tarugo. Un alcornoque con no más que una hoja verde la hubiera contestado. Hasta mi careta empezó á animarse y á reñirla. Me dijo, no sospechando que era conmigo con quien hablaba, que era el bufon de su Alteza; que era más pesado que un dia de deshielo, y en fin, disparó burla tras burla sobre mí, que no parecia sino como hombre en terrero que sirve de blanco á una hueste entera. Su lengua es un puñal, y cada palabra una puñalada. Si fuera su aliento tan terrible como sus expresiones, seria imposible vivir á su lado; lo infestaria todo hasta el polo norte. No me casara con ella áun cuando me trajera en dote cuanto poseyó Adan ántes del primer pecado. Hubiera obligado á Hércules á dar vueltas al asador, y áun á hacer astillas su porra para encender el fuego. ¡Ay! no me habéis de ella. La hallareis un Ate infernal en traje vistoso. ¡Pluguiera á Dios que hubiera algun sabio que la conjurara! Pues seguramente miéntras esté ella en la tierra, hallará el hombre más paz en el infierno que en un santuario, y pecará la gente aposta á fin de irse allí cuanto ántes; tal es en verdad el desasosiego, el horror y la perturbacion que de continuo la siguen.

D. PED. Vedla donde viene.

Salen CLAUDIO, BEATRIZ, HERO y LEONATO.

BEN. ¿No tiene vuestra Alteza algun encargo con que poder despacharme al fin del mundo? Iríame ahora á los antípodas por el más insignificante recado que pudierais idear como pretexto de mi viaje. Os traeré ahora mismo un mondadientes del más remoto extremo del Asia; os procuraré

la medida del pié del Preste Juan de las Indias; os traeré un pelo de la barba del gran Khan; os desempeñaré cualquiera embajada cerca de los pigmeos, ántes que hablar tres palabras con esa arpía. ¿No teneis en qué ocuparme?

D. PED. Nada, sino es solicitar la merced de vuestra amable compañía.

BEN. ¡Gran Dios! Alteza, hé aquí un plato que no es de mi gusto: no puedo tragar á la madama Sin Hueso. (Váse.)

D. PED. Ya lo veis, señora, ya lo veis: habeis perdido el corazon del señor Benito.

BEA. Por cierto, Alteza, que me lo prestó por un tiempo, y le pagué con usura; díle un corazon doble por el suyo sencillo; pero otra vez me lo ganó con dados falsos: por tanto, bien puede decir vuestra Alteza que lo he perdido.

D. PED. Lo habeis abatido, señora, lo habeis derribado contra el suelo.

BEA. No quisiera que hiciese él otro tanto conmigo, Alteza, me veria en gran peligro de ser madre de necios.—Os traigo aquí al conde Claudio, á quien me mandasteis buscar.

D. PED. ¿Cómo? ¿qué es esto, conde? ¿por qué estais triste?

CLAUD. No triste, Alteza.

D. PED. ¿Pues qué? ¿enfermo?

CLAUD. Tampoco, Alteza.

BEA. El conde ni está triste, ni enfermo, ni alegre, ni sano, sino civil, conde y terso como una naranja, y tira un poco á su color celoso.

D. PED. A fe, señora, creo que es verdad vuestro blason: aunque puedo jurar que si lo está, su recelo es infundado. Mira, Claudio: requebré en nombre tuyo y logré á Hero: hablé ya con su padre, y obtuve su consentimiento. Fija, pues, el dia de la boda, y que Dios os bendiga.

LEO. Conde, tomad á mi hija y con ella mi ha-

cienda. Su Alteza es quien concertó este enlace, y no falta sino que lo apruebe la Alteza divina.

BEA. Hablad, conde, que os toca á vos.

CLAUD. El silencio es el mejor heraldo de la alegría. Poca fuera mi dicha si pudiera decir cuánta es. Hermosa dama, soy tan vuestro como vos sois mia: me desprendo de mí mismo, y suspiro por el trueque.

BEA. Habla, prima; y si no pudieras, tápale la boca con un beso, y no dejes que hable tampoco.

D. PED. A fe mia, señora, que sois de alma risueña.

BEA. Si tal, Alteza: pobre loca, le estoy agradecida, porque procura siempre navegar con la pena á sotavento.—Mi prima le dice al oído que le lleva en el alma.

CLAUD. Por cierto, tal dice, prima.

BEA. ¡Válgame Dios, y qué afán de casarse! En este mundo cada oveja da con su pareja, ménos yo. Ya me puedo sentar en un rincón y pedir un marido por el amor de Dios.

D. PED. Yo os proporcionaré uno, Beatriz.

BEA. Más quisiera que me lo hubiese proporcionado vuestro padre. ¿No tiene vuestra Alteza algún hermano que se le parezca? Vuestro padre supo hacer excelentes maridos. ¡Lástima que una pobre niña no pueda dar con ellos!

D. PED. ¿Me quereis por marido, señora?

BEA. No, Alteza; á ménos que me sea lícito tener otro para los días de labor. Vuestra Alteza es demasiado costoso para vestido de diario. Pero os ruego que me perdoneis, Alteza; nací para hablar siempre en broma y no en serio.

D. PED. Vuestro silencio es lo que más me ofende; y la alegría es vuestra mejor gala. Sin duda nacisteis en una hora alegre.

BEA. No tal, Alteza; lloró mi madre; pero á la vez bailó una estrella, y vine al mundo bajo su influjo.—Sea en buen hora, primos.

LEO. ¡Sobrina, quieres atender al asunto en que te hablé?

BEA. Os pido mil perdones, tio. Con vuestro permiso, Alteza. (Váse.)

D. PED. ¡Por vida mia, que es agradable y risueña esta dama!

LEO. La melancolía es elemento que entra por poco en su complexion, Alteza. No está seria, sino en sueños, y áun entónces no siempre; pues he oido decir á mi hija que á menudo, soñando desdichas, se ha despertado á carcajadas.

D. PED. No puede sufrir que la hablen de marido.

LEO. ¡Oh! de ninguna manera: ahuyenta á burlas á todos sus pretendientes.

D. PED. Brava esposa para Benito.

LEO. ¡Dios mio, príncipe! Si vivieran casados una semana no más, se volverian locos á fuerza de charlar.

D. PED. ¿Cuándo pensais ir al templo, conde Claudio?

CLAUD. Mañana, Alteza; el tiempo camina con muletas, miéntas el amor no esté en pleno uso de sus derechos.

LEO. No ántes del lunes, querido hijo, que será precisamente dentro de una semana; plazo harto breve, por cierto, para que estén dispuestas todas las cosas conforme á mi deseo.

D. PED. Veo que meneais la cabeza á tan largo aplazamiento; aunque te aseguro, Claudio, que el tiempo no se nos ha de hacer pesado. En este intervalo acometeré uno de los trabajos de Hércules; cual es el de hacer que ardan en un volcan de mutuo amor el señor Benito y la señora Beatriz. Me muero por verlos ayuntados; y no

dudo que lo he de lograr, si me auxiliáis en lo que yo os mandare.

LEO. Contad conmigo, Alteza, costárame el pasar diez noches en vela.

CLAUD. Y conmigo, Alteza.

D. PED. ¿Y con vos tambien, Hero gentil?

HERO. Desempeñaré cualquier papel honesto, Alteza, á fin de ayudar á mi prima al logro de un buen marido.

D. PED. Y Benito no es el marido de ménos esperanzas que yo conozco. Tanto puedo decir en su elogio, que es de estirpe noble, de valor no desmentido y de honradez acrisolada. Os enseñaré á llevarle el humor á vuestra prima, de suerte que se enamore de Benito; y yo, con la ayuda de vosotros dos, sabré obrar de tal modo en el ánimo de Benito que, á pesar de su sutil ingenio y de su gusto estragado, no podrá por ménos de prendarse de Beatriz. Si conseguimos esto, suelte Cupido el arco y la aljaba; su gloria será nuestra, porque somos ahora nosotros los únicos dioses del amor. Entrad conmigo y os explicaré mi plan. (Vánse.)

ESCENA II.

La misma decoracion que la anterior.

Salen DON JUAN y BORRACHO.

D. JUAN. Es cosa hecha: el conde Claudio se casa con la hija de Leonato.

BOR. Sí, Alteza, pero yo lo puedo frustrar.

D. JUAN. Cualquiera traba, cualquier embarazo, cualquier impedimento, será bálsamo á mi herida. Estoy enfermo de odio contra él, y todo cuanto pueda contrariar su gusto, halagará el mio. ¿Cómo puedes frustrar ese casamiento?

BOR. No honradamente, Alteza, pero de un modo tan encubierto que nadie podrá sospechar mi bellaquería.

D. JUAN. ¿Cómo? Sé breve.

BOR. Si mal no recuerdo, dije hará cosa de un año á vuestra Alteza en cuánta estima me tiene Margarita, la doncella de cámara de Hero.

D. JUAN. Lo recuerdo.

BOR. Puedo citarla á cualquiera hora intempestiva de la noche para que se asome á la ventana del aposento de su ama.

D. JUAN. ¿Y qué vida hay en eso para causar la muerte de este casamiento?

BOR. A vos toca el mezclar el veneno que hubiere en esto. Buscad al príncipe vuestro hermano: no vacileis en decirle que empañará el brillo de su honor casando al renombrado Claudio (cuyo mérito ensalzareis hasta lo sumo) con una torpe prostituta, con una mozuela como Hero.

D. JUAN. ¿Y qué prueba alegaré?

BOR. Prueba más que suficiente para engañar al príncipe, atormentar á Claudio, arruinar á Hero y matar á Leonato. ¿Qué más podeis desear?

D. JUAN. Hiciera cualquier cosa sólo por el gusto de enfadarlos.

BOR. Pues bien; buscad una hora propicia para llamar aparte á Don Pedro y al conde Claudio: decidle que sabeis que Hero me ama. Tened especial cuidado con mostraros celoso, tanto por el bien del príncipe cuanto por el de Claudio, como si lo hubierais descubierto todo con objeto de poner á salvo el honor de vuestro hermano, quien ha concertado esta boda, y la reputacion de su amigo, el cual está á punto de ser engatusado por la apariencia nada más de una doncella. Apenas lo querran creer sin hacer alguna indagacion. Ofrecedles pruebas, y por cierto

pruebas tan evidentes como el verme al pié de su ventana, el oirme llamar á Margarita Hero, y oir á Margarita decirme Claudio; y haced que vean esto la víspera misma de la proyectada boda, pues entre tanto dispondré las cosas de suerte que Hero esté ausente, y aparecerá tan manifiesta su deslealtad que adquirirá el recelo carácter de convicción y quedarán desbaratados todos los preparativos.

D. JUAN. Surja de esto el mal que surgiere, he de ponerlo por obra. Sé astuto en llevarlo á cabo, y tu recompensa será mil ducados.

BOR. Mostrad vos firmeza en la acusacion, y mi astucia no me avergonzará.

D. JUAN. Voy al punto á informarme del dia de su boda. (Vánse.)

ESCENA III.

El jardin de Leonato.

Sale BENITO *y luego un* PAJE.

BEN. ¡Rapaz!

PAJE. ¡Señor?

BEN. En la ventana de mi aposento hallarás un libro: tráemelo aquí al jardin.

PAJE. Héme ya aquí.

BEN. Ya lo veo; pero lo que quiero es que te vayas y estés aquí de vuelta. (Váse el paje.) Mucho me admira que un hombre, viendo qué papel tan ridículo hace otro cuando consagra sus cinco sentidos al amor, se convierta, despues de haberse reido de esta pueril flaqueza en los demas, en blanco de su propia sátira, enamorándose á su vez. Claudio es uno de esos hombres. Hubo un tiempo en que no habia para él otra música que el tambor y el pifano; y ahora

le suenan mejor el pandero y la dulzaina: hubo un tiempo en que hubiera andado diez leguas á pié no más que por ver una hermosa armadura; y ahora pasará diez noches de claro en claro inventando el corte de un justillo nuevo. Solia hablar claro y sin rodeos como hombre honrado y buen militar, y ahora se ha vuelto culto; parece un banquete fantástico su discurso, en que cada palabra es un raro manjar. ¿Será posible que sea yo trasformado de esa suerte miéntras vea con estos ojos? ¿Quién sabe? No lo creo. No juraré que el amor no pueda convertirme en ostra; pero sí puedo hacer voto de que miéntras no me convierta en ostra, no hará de mí un majadero semejante. Tai mujer es hermosa; pero estoy bien como estoy: otra es discreta; pero tampoco me saca de mis casillas: otra es virtuosa, pero ni áun por esas; y miéntras no se junten en una mujer todas las gracias, ninguna entrará en gracia conmigo. Habrá de ser rica, por supuesto; discreta, ó no la querré; virtuosa, ó no regatearé por ella; bella, ó no la miraré; mansa, ó tente léjos; noble, ó no me pesca aunque fuera un ángel; de buen discurso, diestra en la música, y sea su pelo del color que á Dios pluguiere. — ¡Hola! ¡el príncipe y don Amoroso! Me esconderé en el emparrado. (Se retira.)

Salen DON PEDRO, CLAUDIO y LEONATO.

D. PED. ¿Oiremos esa música?

CLAUD. Sí, Alteza.

Callada está la tarde, cual quisiere
Prestar mayor encanto á la armonía.

D. PED. ¿No veis do se ha ocultado el buen Benito?

CLAUD. Ya veo, Alteza. Cuando acabe el canto,
El lazo tenderemos á ese zorro.

Sale BALTASAR con músicos.

D. PED. Ven, Baltasar, oigamos la letrilla.

BAL. Alteza, no exijais que nuevamente
La musa ofenda con mi voz discorde.

D. PED. Fué en todo tiempo indicio de maestria
El disfrazar la perfeccion humilde.

Canta por Dios, y basta de requiebros.

BAL. Si hablais de requebrar fuerza es que cante:

Más de un galan á requebrar empieza
A la que juzga indigna, y sin embargo,
Fiel la requiebra y jura que la quiere.

D. PED. Canta, por Dios te ruego; ó si es forzoso
Que discurriendo sigas, hazlo en notas.

BAL. Notadlo bien: no hay nota que yo cante
Que digna alguna vez de nota sea.

D. PED. Corcheas ¡vive Dios! son sus palabras:

Nota, notas, notad, y nada en suma. (Música.)

BEN. (Aparte.) ¡Oh aria divina! ¡Ahora estará su
alma en éxtasis! ¿No es extraño que esas tripas
de carnero sean capaces de arrancar el alma del
cuerpo de un hombre? Una cuerna de dinero les
diera para que callaran.

BAL. (Canta.)

*No gimas, niña, el triste labio cierra;
El hombre, siempre infel,
Un pié tuvo en la mar y el otro en tierra,
Que no hay firmeza en él.
No llores, pues, mas deja que se vaya,
Y alegre el corazon,
Trocando el llanto y el dolor ¡mal haya!
En alegre cancion.*

*En miseras endechas más no llores
Tu pena y sencillez:
Primero faltarán en Mayo flores
Que en el hombre dobléz.
No llores, pues, etc.*

D. PED. Brava cancion, á fe mia.

BALT. Pero mal cantada, Alteza.

D. PED. No tal, no tal á fe; cantas bastante bien para un caso de apuro.

BEN. (Aparte.) A ser un perro el que hubiese aullado de esa suerte, le hubieran colgado sin misericordia. ¡Dios quiera que su mala voz no presagie algun desastre! Con igual gusto oyera chillar á la lechuza, sea cual fuere la desdicha que trajese.

D. PED. ¿Oyes, Baltasar? Te ruego que nos procures una excelente música; pues queremos que toque mañana al pié de la ventana de la señora Hero.

BALT. La mejor que pudiere, Alteza.

D. PED. Hazlo así; adios. (Váse Baltasar.) Venid acá, Leonato. ¿Qué me dijisteis poco há? ¿Que estaba enamorada de Benito vuestra sobrina Beatriz?

CLAUD. (Aparte.) Eso es; adelante, adelante, que la liebre está en la cama. (Alto.) Jamás pensara que esa dama fuera capaz de amar á hombre alguno.

LEO. Ni yo tampoco. Pero lo más extraño del caso es que se haya prendado de Benito, á quien, á juzgar por las apariencias, aborreció siempre de muerte.

BEN. (Aparte.) ¿Será posible? ¿De ese lado sopla el viento?

LEO. Por vida mia, Alteza, no sé qué pensar de ello, sino es que lo adora con pasion frenética. Excede lo infinito de la comprension.

D. PED. Tal vez no hace sino fingir.

CLAUD. No fuera extraño, á fe.

LEO. ¿Fingir? ¡Gran Dios! Jamás pasion fingida se asemejó tanto á pasion verdadera, como la que ella manifiesta.

D. PED. ¿Y qué síntomas de pasion revela?

CLAUD. (Aparte.) Cebad bien el anzuelo, que el pez picará.

LEO. ¿Qué síntomas, Alteza? Se sentará en un lugar... ya os habrá dicho mi hija cómo.

CLAUD. En efecto, me lo dijo.

D. PED. ¿Cómo, cómo? os ruego. Me asombráis. Yo hubiera juzgado su ánimo invencible á todos los asaltos del amor.

LEO. Así lo hubiera jurado, Alteza; especialmente tratándose de Benito.

BEN. (Aparte.) Juzgara esto una burla, á no contarle ese vejete de la barba blanca; pero es imposible que la truhanería se oculte bajo un aspecto tan venerable.

CLAUD. (Aparte.) Se ha tragado el anzuelo; no le solteis.

D. PED. ¿Ha declarado su pasión á Benito?

LEO. Nó, y jura que nunca se lo declarará: en eso estriba su tormento.

CLAUD. En efecto, es verdad: así lo cuenta vuestra hija: «Yo—así decía ella,—que tantas veces le he colmado de desden, ¿he de escribirle ahora que le quiero?»

LEO. Y esto lo dice cuando empieza á escribirle. Se suele levantar veinte veces durante la noche, quedándose allí sentada en camisa hasta que haya llenado dos hojas de papel. Mi hija nos lo cuenta todo.

CLAUD. Ya que habláis de hojas de papel, me viene á la memoria un gracioso chiste que nos contó vuestra hija.

LEO. Ya sé: cuando hubo escrito la carta y la estaba repasando vió que Benito y Beatriz se besaban entre las hojas.

CLAUD. Precisamente.

LEO. Hizo luego mil pedacitos la carta: se reprendió á sí misma por haber cometido la inmodestia de escribir á un hombre de quien sabia que se reiría de ella. «Mido su altivez—así se decía,—por mi propio orgullo, pues yo me reiría de

él si me escribiese; sí, aunque le amo, me reiría de él.»

CLAUD. Con esto, cae de hinojos, llora, suspira, se mesa el cabello, reza, maldice y grita: «¡Oh, mi amado Benito! ¡Dios me dé paciencia!»

LEO. Sin duda, así sucede; lo cuenta mi hija; tales extremos hace en su éxtasis, que tal vez teme Hero que desesperada se haga algun daño: es ciertísimo.

D. PED. Bueno fuera que Benito lo supiese por otro conducto, ya que ella no se lo quiere descubrir.

CLAUD. ¿A qué fin? No haría sino mofarse de ello, acrecentando el tormento de la pobre dama.

D. PED. Si tal hiciese, fuera una obra de caridad el darle garrote. La dama es amable y gentil en extremo, y su virtud está por cima de cualquiera sospecha.

CLAUD. Y es discretísima.

D. PED. En todo ménos en amar á Benito.

LEO. ¡Ay, Alteza! cuando la virtud y la sangre pugnan en un cuerpo tan tierno, hay diez pruebas contra una de que la sangre se lleva el triunfo. Tengo lástima de ella, y con motivo, pues soy su tío y tutor.

D. PED. ¡Ojalá hubiera concentrado en mí esa pasión! Apartando toda suerte de miramientos, la hubiera hecho mi cara mitad. Por Dios, contádselo á Benito y sepamos lo que dice.

LEO. ¿Pensais que fuera prudente?

CLAUD. Hero cree seguramente que se morirá; pues dice ella que se morirá si él no la ama, y se morirá ántes que declararle su amor; y si él la galantea de veras, se morirá ántes que ceder un ápice de su acostumbrada altivez.

D. PED. Muy bien hecho. Si tierna le declarase su amor, sería probable que la desdeñara; pues el hombre, como todos sabeis, es de condicion despreciativa.

CLAUD. Pero es buen mozo.

D. PED. En efecto, tiene feliz apostura.

CLAUD. En Dios y en mi ánima que es discretísimo.

D. PED. En efecto, á veces despidе ciertas chispas que parecen gracejo.

CLAUD. Y le tengo por valiente.

D. PED. Es un Héctor, os lo aseguro: y bien podeis decir que es diestro en conducir una pendencia; pues ó la evita con gran prudencia, ó acomete con cristianísimo temor.

LEO. Si es temeroso de Dios, por fuerza ha de ser pacífico; si rompe la paz, debiera entrar en la lid con temor y temblando.

D. PED. Y así lo hará, pues el hombre es temeroso de Dios, aunque no lo parece, á juzgar por ciertos chistes profanos que suelta. En fin, tengo lástima de vuestra sobrina. ¿Iremos en busca de Benito, á fin de contarle su amor?

CLAUD. No le digais nada, Alteza. Dejad que se extinga en ella esa llama á fuerza de buenos consejos.

LEO. No, eso es imposible: ántes podrá extinguirse su corazón.

D. PED. En fin, vuestra hija nos tendrá al corriente de todo; entre tanto dejemos que la cosa se enfríe. Quiero bien á Benito, y á fe deseara que con toda modestia se examinase á sí mismo y viera cuán indigno es de tan excelente dama.

LEO. Vámonos, Alteza; la comida estará servida.

CLAUD. (Aparte.) Si con esto no la ama con sus cinco sentidos, no volveré jamás á confiar en mis esperanzas.

D. PED. (Aparte.) Tiéndase ahora la misma red para coger á Beatriz; y de esto es menester que se encargue vuestra hija y su doncella. La broma será cuando esté cada cual persuadido del amor del otro, y sin el menor fundamento; esta

es la escena que quisiera presenciar, y que no será sino una pantomima. Mandemos á Beatriz á llamarle á la mesa. (Váanse D. Pedro, Claudio y Leonato.)

BEN. (Saliendo del empujado.) Esta no puede ser treta: su plática fué harto séria. La certeza del caso la tienen de Hero. Al parecer tienen lástima de la dama; parece que su pasión está al colmo. ¿Amarme? ¡Oh! es menester galardonar eso. Ya oí cómo me censuran: dicen que me henchiré de orgullo, si advierto que el amor procede de ella. Dicen también que morirá ántes que dar una señal de ternura. Jamás pensé casarme; pero no han de decir que soy orgulloso. Dichosos aquellos que oyen criticar sus faltas y las saben enmendar. Dicen que la dama es hermosa: es verdad, lo puedo atestiguar; y virtuosa: así es, no lo puedo negar; y discreta, salvo en amarme á mí: á fe mía que eso no añade nada á su talento; pero tampoco es una prueba grande de su insensatez, pues me propongo estar horriblemente enamorado de ella. Tal vez seré blanco de pesadas pullas y cuchufletas, por la dureza con que siempre me he movido del matrimonio. ¿Pero no cambia el apetito? El hombre suele apetecer en su juventud manjares que aborrece en su vejez. ¿Han de ser parte tales chistes y sentencias, y esas balas de papel del cerebro á ahuyentar á un hombre de la senda de su gusto? No; es menester poblar el mundo. Cuando dije que me moriría soltero, no pensé vivir hasta verme casado. Aquí viene Beatriz. ¡Por esta luz bendita que es hermosa mujer! No hay duda; columbro ciertos indicios de amor en ella.

Sale BEATRIZ.

BEA. A pesar mio me han mandado á llamaros á la mesa.

BEN. Hermosa Beatriz, os agradezco la molestia.

BEA. No me he tomado más molestia por lograr ese agradecimiento, de la que os cuesta el agradecérmela: si me hubiese sido molesto, no hubiera venido.

BEN. Es decir que os complacéis en desempeñar la embajada.

BEA. Sí, tanto como vos en ahogar una graja en la punta de un cuchillo. Advierto que no teneis apetito, caballero. Guárdeos Dios. (Váse.)

BEN. ¡Hola! «A pesar mio me mandan á llamaros á la mesa.» Esto encierra doble sentido. «No me he tomado más molestia por lograr ese agradecimiento de la que os cuesta el agradecérmela,» que es como si dijéramos: cualquiera molestia que me tome por vos es tan grata como el agradecimiento. Si no me compadezco de ella, soy un villano; si no la amo, soy un judío. Voy al punto á procurarme su retrato.

(Váse.)
